

## **Al otro lado de la puerta**

Y ahí me encontraba yo, sentado en el suelo con mi espalda apoyada en la puerta de mi dormitorio. Hoy era sábado. Ese día en el que puedes hacer lo que quieras, ese día en el cual puedes ser libre. Ser como un pájaro y volar por el cielo sin destino alguno, sin ataduras que te hagan quedar en tierra. Como ese barco que viaja sin destino solo por ver y conocer mundo. Como esa pequeña liebre que corre por la montaña.

Di un largo suspiro, libertad, aquella palabra que ni siquiera podía tocar con las yemas de mis dedos. Aquello que causaba en mí una borrasca de emociones diferentes. Entre ellas la frustración, al darme cuenta de que yo nunca podría ser libre, dadas las mil y una cuerdas que me sujetaban día tras día, por aquellas mil y una piedras que me impedían caminar y seguir adelante, por aquellas mil y una cicatrices que cubrían mi dañado corazón.

Mis piernas se encontraban pegadas a mi pecho y estaban rodeadas por mis brazos. Cuántas veces nos hablaron de la vida y no nos dieron las advertencias que necesitábamos para vivirla. Cuantos suspiros y lágrimas habíamos soltado por cada error insignificante que acababa hecho cenizas por el tiempo. Como le dábamos importancia a cosas que al final no eran felicidad, como a pesar del dolor uno se levantaba e intentaba continuar. Yo ya estaba cansado de levantarme y seguir hacia delante, de regalar una sonrisa al mundo que ni tan siquiera yo creía. Estaba muerto en vida. Había pasado mi vida luchando para no quedarme ni con el segundo lugar. Para ser olvidado junto a mis esperanzas y sueños. Para ser como aquel recuerdo que uno añora y pierde con el tiempo.

Al otro lado de mi puerta sólo se oían los gritos de mis padres, los llantos de mi hermana y las quejas de mi hermano, al otro lado de la puerta no había felicidad. Mi habitación se encontraba oscura menos por una fina franja de luz que provenía de mi ventana. Si salía por aquella puerta tendría que mostrar que todo estaba bien cuando en realidad no lo estaba. Tendría que mostrar a esa persona segura que está lista para escuchar, pero no para ser escuchada.

El simple día, ya sea sábado, ya fuera domingo o lunes me hacía tener que caminar y seguir vivo, me hacía buscar algo que le diera sentido a mi vida, algo que me diera una sola razón para seguir respirando. Pero lo único que podía hacer era esperar y ver como el tiempo y el mundo pasaba a mi alrededor, mientras buscaba la razón por la que vivir. El tiempo no es infinito como tampoco lo es la felicidad, de un día para otro esta desaparece de tus manos para dejar a tu vieja amiga el dolor.

Sequé las lágrimas que corrían por mis mejillas con mi jersey y me levanté del suelo. Mire la puerta y pude ver en ella mi reflejo, cosa que me negaba a ver desde hace tiempo, dado el asco que esto producía en mí. Agarré el pomo y decidí abrirla. Sentí esas mil y una cosas que volvían a aparecer al salir por ella, percibiendo como aquella falsa sonrisa aparecía para acompañarme hasta mi retorno a aquella habitación. Falso: Así es como me sentía. Cerré la puerta y me invadió la oscuridad llevándose hasta la última gota de esperanza que quedaba en mí. Mis ojos estaban abiertos, aun así no conseguí ver nada. ¿Era tan diferente aquella habitación a lo que había en el exterior?. Aquellas paredes no me hacían daño, no me juzgaban y no tenía que ser lo que ellas querían que fuera. La soledad no era tan mala al fin y al cabo. No sentía aquella angustia que callar con comida ni esa presión en el pecho llamada ansiedad. El silencio me acompañaba y era más que suficiente.

Me senté en mi cama y posé mi mirada en la ventana. Unas risas del exterior captaron mi atención. ¿Cuándo había sido la última vez que había reído de verdad, sin obligación y no solo para encajar?. Reirme de otra persona, de lo que le sucedía no estaba bien, pero si no yo sería la causa de sus risas. No podía expresar ni mis gustos ni mi opinión. ¿De qué serviría? ¿Soy una persona cobarde al sentirme así? Cuántas veces había querido gritar, dejar que todo saliera fuera y ver qué pasaba. Soy humano, cometo errores como todos, pero mi mayor error era que yo era una marioneta en esta sociedad: Por mi forma de vestir, mi estilo de música, el deporte que me gustaba, mi pelo, mi estatura, las chicas, los chicos, la droga...

Odiaba a mi persona. No podía gustarme una chica si no estaba buena ni un chico porque la sociedad no lo aceptaba. No podía teñir mi pelo de algún color extravagante sin que me dijeran que se me veía la pluma o que era un raro de esos que está en su habitación la 24 h del día jugando a un videojuego. No podía decir que no me gustaba un programa que estaba de moda entre mis amigos. No podía aprobar todas las asignaturas porque si no era un empollón. No podía no fumar porque eso diría que soy un infantil al igual que la bebida o la droga. No podía ser yo. Ser humano. Tenía que seguir la plantilla que me daba la sociedad. Aceptar el papel como si la vida tratase de una obra de teatro. Pero todo aquello me consumía por dentro. Guardar mis opiniones y mis gustos era como no respirar. El día avanzaba de igual manera todos los días. No había ningún cambio. Salir de casa, ir al instituto, ponerme la careta de que todo está bien y al final de todo volver, volver a aquella habitación. No podía hablar con mis padres no eran objetivos y seguro que me echarían la bronca. Ellos decían que estaban para todo lo que necesitara, pero mi corazón no lo veía así. No era por ellos, sino por mí. No sabía cómo afrontar la situación ni que me estaba ocurriendo. Estaba cansado y ya no quería continuar. Deseaba cerrar los ojos y abandonar ese lugar. Estaba solo. Únicamente quería que la gente me quisiera, pero ni yo mismo me quería. No podía ponerme frente al espejo sin llorar. Mis risas eran falsas al igual que mi sonrisa. Mi abuela decía que la adolescencia era la mejor etapa y para mí era una mierda. Continuos insultos, quejas, dolor... ¿Qué de bueno tenía eso? Te hacía real. Veías una serie o leías un libro y tu madre te decía eso no era verdad que eso no sucedía.

Lo que se esperaba de mí eran buenos estudios, matrimonio, hijos y el día de mañana muerte. ¿Pero por qué esperar a mañana? Me repetía constantemente. Si me iba hoy tal vez les quitaba un peso a todos, el primero a mi mismo. Pero sin saber la razón, debía continuar, seguir hacia delante y buscar ese motivo por el que vivir. Un último reducto de deseo me empujaba a vivir, sabiendo que escogiera el camino que escogiera podría volver al principio y volver a empezar. No podía quedarme en la habitación pensando que pasaría si.... He hecho esto... ha pasado lo otro ... Tenía que vivir, hasta ahora solo había sobrevivido, pero no podía hacerlo aquí en la penumbra de mi habitación. Si quería cambiar las cosas tenía que empezar por mí. Perder esos miedos, romper alguna cadena y avanzar. Tenía que ver y vivir al otro lado de la puerta.